

Arte y mito

**Guillermo
Escolar**
E D I T O R

Análisis y crítica

1ª edición, 2025

© Miguel Ángel Elvira Barba y Marta Carrasco Ferrer

© Guillermo Escolar Editor S.L.

Calle Princesa 31, planta 2, puerta 2

28008 Madrid

info@guillermoescolareditor.com

www.guillermoescolareditor.com

Diseño de cubierta: Javier Suárez

Maquetación: Equipo de Guillermo Escolar Editor

ISBN: 979-13-87789-20-6

Depósito legal: M-19226-2015

Impreso en España / Printed in Spain

Reservados todos los derechos. De acuerdo con lo dispuesto en el Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes, sin la preceptiva autorización, reproduzcan o plagien, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

Miguel Ángel Elvira Barba

Arte y mito

Manual de iconografía clásica

**Con la colaboración de
Marta Carrasco Ferrer**

**Guillermo
Escolar**
E D I T O R

Análisis y crítica

*Para Alex, porque siempre estás muy
por encima de nuestros errores y de los
sitios a los que no sabemos llegar.*

PRÓLOGO

La presente obra ha de verse como una versión corregida, actualizada y enriquecida, gracias a la colaboración de la profesora Marta Carrasco, del libro con el mismo título que escribí y publiqué en el año 2008. Es, por tanto, un manual de iconografía, dedicado a presentar y explicar las representaciones antiguas, medievales y modernas de dioses y héroes, mitos, leyendas e historias con un denominador común: la cultura que hoy conocemos como Clasicismo Grecorromano.

Como comprobará el lector enseguida, este planteamiento implica una visión diacrónica constante a lo largo de un enorme espacio temporal. Desde el principio, el paso del tiempo es el protagonista de nuestro estudio, ya que cada figura, mítica o histórica, ha evolucionado de forma ineluctable: poco tiene que ver, por ejemplo, el Crono griego del siglo V a.C. con el Saturno romano del siglo II d.C., o con la personificación alegórica del Tiempo en el siglo XVII, aunque, en principio, los tres sean el mismo personaje.

Desde luego, la base de nuestro trabajo serán las imágenes artísticas, y a ellas se supeditarán los textos de mitógrafos e historiadores. Por tanto, prescindiremos de muchos dioses y héroes, de gran cantidad de mitos y de casi todos los datos históricos que conocemos, sencillamente porque no han merecido el interés de los pintores y escultores, o porque lo han hecho de forma demasiado esporádica. Además, a la hora de tratar un tema bien representado, optaremos siempre por sus formulaciones más comunes, desdeñando a menudo las excepcionales.

Antes de empezar, hagamos alguna precisión de carácter léxico y ortográfico. Aunque somos conscientes del predominio del latín en nuestra cultura occidental desde la expansión de Roma, y sabemos, por tanto, que los personajes mitológicos suelen conocerse por su nombre latino en las obras de arte, nos parece más correcto, en una exposición general como la nuestra, utilizar los nombres griegos, añadiendo los latinos entre paréntesis: así, hablaremos de Zeus (Júpiter). Al fin y al cabo, fue en Grecia donde se crearon muchos de los mitos que vamos a relatar, y donde se forjaron casi todas las iconografías originarias.

En cuanto a los nombres propios de dioses y héroes, les daremos casi siempre las formas más comunes entre nosotros, que son las difundidas en la traducción al castellano del *Diccionario de mitología griega y romana* de Pierre Grimal. Solo en casos muy raros, y para

Prólogo

evitar confusiones, buscaremos alternativas: así, usaremos la grafía «Úrano» para designar al Cielo, y «Urano» para el planeta. Del mismo modo, hablaremos de la titánide Tethys y de la nereida Tetis, la madre de Aquiles.

En cuanto a los nombres de los colectivos divinos, preferimos escribirlos con mayúscula cuando en nuestra lengua su sentido ha cambiado: hablaremos, por tanto, de Gigantes, Gracias, Horas o Musas; en cambio, usaremos las minúsculas cuando este trasvase solo se ha producido de forma tangencial: así, trataremos de ninfas, nereidas, oceánidas, tritones, centauros, faunos o sátiros.

INTRODUCCIÓN

LA ICONOGRAFÍA CLÁSICA A LO LARGO DE LOS SIGLOS

Antes de introducirnos de lleno en el estudio de las deidades por separado, de las figuras heroicas y de los personajes famosos que han atraído la atención de los artistas a lo largo de los siglos, merece la pena recordar las ideas generales que han ido rigiendo la imaginación de los simples mortales en su relación con ellos.

Podríamos comenzar nuestro panorama de la mitología griega en la época neolítica, cuando una religión primitiva, basada en la fecundidad de la madre Tierra y en deidades menores de carácter local, muchas de ellas femeninas y fundidas con la naturaleza, fue hallando su sitio bajo la grandiosa bóveda celeste.

Después, en torno al 1900 a.C., aparecieron en la Hélade unos dioses nuevos, casi todos masculinos, procedentes del norte. Los trajo una oleada de pueblos difícil de definir, pero compuesta por gentes que hablaban dialectos indoeuropeos.

La fusión —a veces superposición— de ambos sistemas mitológicos fue tomando forma a lo largo de varios siglos. La vieja religión halló su última defensa en la Creta minoica, mientras que, en el continente, se esbozaban sustituciones o se imaginaban matrimonios entre dioses indoeuropeos y diosas neolíticas. A la vez, pronto empezaron a sugerirse orígenes divinos para los linajes de quienes reinaban en las ciudadelas micénicas. Así se llegó hasta la mayor gesta legendaria, la Guerra de Troya (h. 1230 a.C.), que aún pudo relatarse hacia la época en que los dorios se adentraron en la Hélade (h. 1125-1100 a.C.) y dieron comienzo las Edades Oscuras.

I/ DEL PERIODO GEOMÉTRICO AL ARCAÍSMO

Fue en un momento concreto de estas Edades Oscuras —el año 900 a.C., más o menos— cuando se modeló el llamado *Centauro de Lefkandi*, quizá la primera obra figurativa del arte griego «clásico»; y fue entonces, por tanto, cuando da comienzo nuestro libro. Dejamos de lado las artes anteriores, y no sin razón: las obras minoicas y micénicas plantean graves problemas interpretativos y, desde luego, parecen muy alejadas de cuanto vamos a ver desde ahora.

Algunas décadas más tarde —a fines del siglo VIII y principios del VII a.C.— descubrimos los primeros poemas griegos llegados a nosotros —los de Homero y Hesíodo— y vemos en

ellos visiones «cultas» de deidades y héroes, como si el acervo religioso que manejan estuviese ya muy perfilado: de vez en cuando, la *Iliada* y la *Odisea* ironizan incluso sobre algún dios, mientras que la *Teogonía* busca una síntesis teórica como las elaboradas en Oriente.

Por entonces viven las artes griegas su Periodo Geométrico: no nos han llegado imágenes divinas de esas fechas, pero, en Atenas y otros lugares, se evidencia, en vasos pintados, broncecillos y gemas, una pasión generalizada por la iconografía funeraria y, sobre todo, por la épica. Eso sí, los artistas, aún iletrados, confían en las explicaciones orales que pueden dar a sus clientes, y no creen necesario caracterizar a sus personajes: solo dan formas concretas a ciertos monstruos, como el Centauro o la Hidra de Lerna, y sugieren el rapto de Helena o un naufragio de Ulises a través de detalles que aún hoy suscitan discusiones.

Los siglos VII y VI a.C., es decir, los Periodos Orientalizante y Arcaico, suponen un proceso enriquecedor de enorme trascendencia. Entonces se escriben los llamados *Himnos homéricos*, tan importantes a la hora de definir las formas, mitos y cultos de los dioses principales, y también entonces se componen poemas épicos, casi siempre perdidos, sobre las hazañas de ciertos héroes. Esta rica actividad teórica y literaria se completa con la adopción de ciertas deidades orientales, como Cibeles.

Pero, al lado de estas grandiosas aportaciones a la mitología, empiezan a percibirse actitudes peculiares al amparo de un incipiente racionalismo. Justo cuando surge la filosofía jonia, Teágenes de Regio crea el llamado «simbolismo» o «alegorismo», donde los dioses son meras personificaciones de la naturaleza o de cualidades humanas: Posidón sería el agua; Atenea, la inteligencia. A la vez, se ponen las bases de la secta órfica —pronto llamada «órfico-pitagórica»—, que predica una mitología alternativa, donde los dioses olímpicos cambian de sentido para explicar el significado profundo del universo.

En este contexto, la iconografía da pasos de gigante: en el siglo VII a.C. hallamos las primeras estatuas «presentativas» de deidades, concebidas como imágenes de culto en actitud frontal. No importa mucho caracterizarlas, ya que su emplazamiento en un santuario basta para darles nombre; sin embargo, se asiste al nacimiento de algunos «atributos».

En el Periodo Arcaico, y sobre todo en Atenas, se multiplica la representación de gestas divinas y heroicas, reflejando decenas de mitos y leyendas en los vasos de «figuras negras» y, desde h. 530 a.C., en los de «figuras rojas». Pocas son las imágenes que plantean dudas iconográficas, dado el uso generalizado de inscripciones, y las figuras «presentativas» de los dioses multiplican sus atributos. Finalmente, en la segunda mitad del siglo VI y en las primeras décadas del V a.C. adquiere gran fuerza un campo iconográfico peculiar: el de la vida cotidiana, reflejada en reuniones funerarias y de culto, en pruebas deportivas o en celebraciones de cenas o *simposios*. También hallamos entonces, en una obra como *Los Tiranícidas* de Anténor, los comienzos del retrato y del grupo conmemorativo.

Durante los siglos VII y VI a.C. se desarrolla, por otra parte, un fenómeno cargado de consecuencias: la mitología griega —y, tras ella, su iconografía— se difunde fuera de su ámbito de origen y de las colonias que crecen por doquier: Etruria y Roma empiezan a plantearse la posible correspondencia entre sus propios dioses —muy antiguos los etruscos, indoeuro-

peizados los romanos— y los que les aportan los comerciantes de la Hélade; incluso piensan en la posibilidad de adoptar como modelos heroicos a los micénicos y de incorporarlos a su propia Historia. Los viajes de Ulises y de Eneas por occidente empiezan a tener sus versiones itálicas.

2/ EL CLASICISMO GRIEGO

Entre la Segunda Guerra Médica (480-478 a.C.) y el reinado de Alejandro Magno (336-323 a.C.) se desarrolla el llamado Periodo Clásico griego, que comienza con una fase de exaltación de las tradiciones helénicas frente al peligro persa. En consecuencia, hallamos en el siglo v a.C. una particular afirmación de los mitos tradicionales en Píndaro, o un análisis moral de las viejas leyendas en los grandes trágicos (Esquilo, Sófocles y Eurípides), lo que no excluye una cierta meditación teológica de carácter cosmopolita: Heródoto parece el primero en plantearse, de forma sistemática, el paralelismo entre los dioses griegos y los egipcios.

Las últimas décadas del siglo v y el conjunto del iv a.C. significan un cierto enfrentamiento entre las tradiciones religiosas y el desarrollo de la filosofía: junto a la grave advertencia que supone el pensamiento incrédulo de los sofistas, empeñados en ver a los dioses como figuras alegóricas, Sócrates y Platón se proponen dar un sentido más racional a los mitos, modificándolos, si es necesario, para salvarlos y enaltecerlos. Aristóteles, en cambio, contribuye a alejar la mitología del pensamiento científico y racional, y el historiador Paléfato, en su obra perdida *Sobre fenómenos increíbles*, plantea una interpretación pseudo-racionalista para ciertos mitos: en su opinión, por ejemplo, Pasífae no se habría enamorado de un toro, sino de un joven llamado Toro.

Sin embargo, las dudas que intentan suscitar estos planteamientos teóricos no suponen una crisis grave en la conciencia del pueblo: todo invita a pensar que los fieles veían reflejadas sus creencias sinceras en el género más popular, el teatro, que seguía en líneas generales las huellas de Eurípides: solo algún autor cómico, en la senda de Aristófanes, se permitía burlarse de ciertos mitos, mostrando que el peso de la religión permitía ciertas licencias.

El Periodo Clásico es la edad de oro de la iconografía clásica: entonces, en la era del Partenón, tras la generación del Estilo Severo (480-455 a.C.), se elaboran los principios estéticos del clasicismo con los escritos de Policleto y la práctica de diversos escultores. De este modo surgen las imágenes «presentativas» más famosas de dioses y héroes, con su combinación de realismo y belleza ideal, con su grandeza física y su profundo *ethos* en la expresión: ¿quién no recuerda el *Zeus de Olimpia* y la *Atenea Partenos* de Fidias, la *Hera* de Policleto y la de Alcámenes, la *Afrodita Cnidia* de Praxíteles o los *Heracles* de Escopas y Lisipo? Incluso los monstruos tradicionales pierden su aspecto de máscaras para cobrar facciones humanizadas, como muestra el *Sátiro Escanciador* de Praxíteles

Realmente, la pasión por la mitología es tal, sobre todo en el siglo v a.C., que desaparecen las escenas de vida cotidiana: desde una fecha en torno al 460 a.C., los vasos áticos de «figuras rojas» centran su interés en los temas grandiosos, en las «megalografías» imaginadas por pintores como Polignoto de Tasos, Parrasio y Zeuxis, donde se reflejan con toda su grandeza las imágenes de los dioses y las leyendas de los héroes. Solo se desarrollan, junto a estas escenas, dos géneros incipientes en escultura y en pintura sobre tabla: el retrato y el «cuadro de historia», centrado en acontecimientos bélicos recientes, como las victorias griegas sobre los persas.

El siglo iv a.C. no supone un cambio fundamental en este panorama: los vasos, fabricados a menudo en talleres suditalicos, mantienen la iconografía mitológica, aunque cada vez más centrada en ciertos temas (como el séquito de Dioniso) o en los mitos reflejados por tragedias y comedias. Sobre otros soportes —cuadros, relieves, esculturas— se desarrollan retratos de personajes antiguos y recientes, escenas bélicas o cinegéticas presididas por monarcas o generales (es el nacimiento del «arte oficial» en las monarquías de Mausolo, Filipo y Alejandro), e incluso cabe recordar una recuperación de la vida cotidiana en un campo muy concreto: el arte funerario de las estelas, tan comunes en Atenas desde fines del siglo v a.C.

En Etruria y Roma, la época del Clasicismo —dominada allí por el «arte etrusco-italico»— supone una grave crisis: al enrarecerse las relaciones con Grecia, las formas se estancan al nivel del Estilo Severo. Además, los artistas de esas regiones se centran en las iconografías que encargan sus clientes, aristócratas deseosos de mantener una estructura social firmemente jerarquizada: aparecen algunas representaciones míticas —sobre todo, las que reflejan el más allá—, pero interesan más los retratos realistas de antepasados o las escenas conmemorativas, que recuerdan la vida y hazañas de los *principes* etruscos y de los patricios romanos.

3/ EL HELENISMO

El Periodo Helenístico abarca, en el Mediterráneo Oriental, los tres siglos que transcurren entre la muerte de Alejandro (323 a.C.) y la caída de Egipto en manos de Augusto (30 a.C.). Es un periodo largo y complejo: Atenas se ve en parte eclipsada por Alejandría, Pérgamo y Rodas, y en todas partes vemos cómo la mitología, la iconografía y el arte en general siguen vías dominadas por tendencias contrapuestas y acciones alternativas de avance y retorno al pasado.

Por entonces, ciertos filósofos se enfrentan de forma decidida a la religión tradicional: los estoicos tienden al monoteísmo al considerar que la naturaleza está regida por un *logos*, un Dios, más o menos basado en la figura de Zeus, y los epicúreos llegan aún más lejos: buscan su base teórica en el materialismo, burlándose de las creencias populares. Sin embargo, acaso el autor más interesante en este punto es Evémero (h. 300 a.C.), quien lanza la teoría, destinada a un éxito enorme, de que los dioses no son sino antiguos reyes divinizados por los mortales por haber aportado algo útil a la humanidad. De este modo se justifica la divi-